



ENCUENTROS. REVISTA DE CIENCIAS HUMANAS, TEORÍA SOCIAL Y PENSAMIENTO CRÍTICO.
ISSN: 2343-6131 / DEP. LEGAL: PP 201202ZU4143
AÑO 6. N° 8. AGOSTO-DICIEMBRE 2018. PP. 95-106
UNIVERSIDAD NACIONAL EXPERIMENTAL RAFAEL MARÍA BARALT

La Universidad como espacio del sentido común. ¿posibilidad en la Venezuela actual?

The University as a space of common sense.

Possibility in the current Venezuela?

Oneida Chirino

ochirino@unica.edu.ve

Universidad Católica Cecilio Acosta

Maracaibo, Venezuela

Resumen

En el presente ensayo se destaca el papel de la universidad como espacio del bien común y de éste como principio rector de la convivencia humana. Se asume al bien común desde la perspectiva ético-moral, enmarcándolo como una práctica necesaria para lograr una justa convivencia humana a partir de la razón y cuya práctica refleja la posibilidad del verdadero encuentro entre el ser y el deber ser. El objetivo principal es resaltar la importancia del sentido común como herramienta espiritual de re-conocimiento de las prácticas éticas y de las oportunidades de convivencia que caracterizan al mundo universitario, haciendo hincapié en los riesgos que pueden conducir a la pérdida de su verdadera esencia cuando no se asume la práctica del bien común como fuente espiritual para brindar mejor y más eficiente servicio educativo. De ahí que, el sentido común se asuma como una facultad cuyo provecho es el resultado de una convivencia armónica en donde las voluntades y las conciencias se susciten a partir de unos intereses colectivos con la finalidad de encontrar desde la universidad un espacio de verdadero encuentro del saber y el ser.

Palabras clave: Sentido Común, Universidad, Venezuela, Educación, Ética

Abstract

In the present essay, the role of the university as a space for the common good and of this as the guiding principle of human coexistence stands out. The common good is assumed from the ethical-moral perspective, framing it as a necessary practice to achieve a just human coexistence based on reason and whose practice reflects the possibility of a true encounter between being and being should be. The main objective is to highlight the importance of common sense as a spiritual tool for re-knowledge of ethical practices and opportunities for coexistence that characterize the university world, emphasizing the risks that can lead to the loss of its true essence when it is not the practice of the common good is assumed as a spiritual source to provide a better and more efficient educational service. Hence, common sense is assumed as a faculty whose benefit is the result of a harmonious coexistence where the wills and consciences arise from collective interests with the aim of finding from the university a space of true encounter of the know and being

Keywords: Common Sense, University, Venezuela, Education, Ethics

El sentido común y lo cotidiano

En esta época que vivimos con muchas intensidades, caracterizada a su vez, por la fuerza de la indiferencia, el poco compromiso intelectual o la dispersión en muchas cosas como las redes sociales o la internet; la situación país con sus dificultades socioeconómicas entre otras que absorben la cotidianidad venezolana, en ocasiones parece prevalecer la falta de *sentido común*¹.

El bien común es quizás una de las facultades poco estudiadas o mantenidas al margen de las ciencias sociales y la filosofía en los últimos tiempos. Quizás por razones obvias, por un lado por considerarla muy evidente en la práctica humana, quizás por las contradicciones que puede generar el cuerpo teórico con la vida práctica o quizás por el menosprecio del tema de los valores por las distintas corrientes contrarias a los temas filosóficos.

Se observa en la actualidad con preocupación que en la vida cotidiana de muchos venezolanos, se reflejan vicios y deformaciones sociales que quizás no es más que el resultado de la manera en que se ha asumido un

¹Entendido como el carácter práctico que permite el orden o la sensatez de las personas para enfrentar la vida.

proyecto social con carencias fundamentales para comprender el valor fundamental de la vida misma como modelo de principios o axiomas, más allá de las carencias materiales y las consecuencias de la falta de éstas.

En este sentido, se evidencia en el común de la gente, el dejarse manipular fácilmente por ciertos cánones o patrones establecidos y que por lo general parten de un “orden invisible” que mueve personas como marionetas a su antojo, lo cual provoca acciones nunca antes vistas. Es por ello, que se observan conductas, expresiones y decisiones basadas en antivalores que provienen de la desesperación, la pérdida de confianza y estima, el engaño y el aprovechamiento ventajoso de unos contra otros en todos los niveles y por supuesto no escapa el universitario.

Entonces, no es extraño que nuestras discusiones académicas estén plagadas de conversaciones donde se evidencia la imposibilidad de cubrir las necesidades básicas fundamentales entre el profesorado, en el alumnado, lo que se ha vuelto la “gran parodia” en los corredores o pasillos alternos que en otrora fungían como lugares no sólo de esparcimientos y de cafés compartidos, sino de la libre discusión e incluso de reuniones puntuales de cualquier grupo en la universidad.

Por otra parte, más allá de las conversaciones referidas a la crisis de orden personal y familiar, también resaltan fundamentalmente las críticas antigubernamentales y la desesperación por la falta de luz al final del túnel, lo cual conlleva a escuchar y/o decir, desde lo más normal o natural frente a la desesperación, hasta lo más grotesco y absurdo que se puede decir o pensar en el paraninfo universitario.

Hoy pareciera que se aquieta “el pensar” o no se quiere pensar, “no hay tiempo para pensar”, ni siquiera en el recinto universitario. Y a la vez, se produce la sensación de que éste “no pensar” es una consecuencia de la falta de *sentido común* entendiéndose por éste, como la capacidad de actuar pensando. Este pensar se caracteriza por juzgar bien (*atención y detenimiento antes de juzgar*), formarse una opinión con estudio y comprensión (*comprender bien*), tomar decisiones a tiempo, acertadas

o correctas (*dirigir o dirigirse bien*). Es decir, que pensar bien facilita el buen juicio, ya que se basa en la experiencia de los criterios de autocorrección y el discernimiento de los contextos, la participación de la razón.

El pensar entonces es un asunto de sentido común, y por supuesto, es la base que sustenta que el bien práctico de dicho sentido emerja y se propague desde la condición humana a todo lo que le rodea. Si se recupera el bien común en la vida práctica universitaria, se tendrá como resultado un cambio de paradigma cuyo horizonte será el mirar al otro u otra no sólo como sujeto que me necesita sino que nos necesitamos y en definitiva se revela la esencia de la universidad que no es otra que la sabiduría del ser.

La universidad como conciencia colectiva

Descartes, da inicio en su *Discurso del Método*, haciendo referencia al *sentido común* o *buen sentido*, resaltando de éste como la “cosa mejor repartida del mundo”² y definiéndolo además como “la facultad de juzgar y distinguir lo verdadero de lo falso...y es igual en todos los hombres”³ lo que significa que el sentido común, es una posibilidad real, permanente para todas las personas pero en Descartes, más importante que poseerlo, es saber aplicarlo o practicarlo bien.

La universidad más allá de su conformación académica y estructural como un *todo*, ha de estar conformada por el *espíritu del saber*. Un saber que se va construyendo en su búsqueda constante que radica fundamentalmente en la docencia, la investigación y la extensión. Es por ello que, si hay docencia, hay alumnas y alumnos, si hay investigación entonces hay práctica creativa (creación) y si hay extensión, la universidad vive y hace que vivan otros sectores y, estos a su vez, provocan que la universidad crezca, se fortalezca en colectivo.

“Los sujetos que conocen y aprenden no lo hacen al margen de sus interacciones complejas ni de los contextos socio-culturales en las que tales interacciones tienen lugar. Nadie se forma apartado de los otros ni desligado de sus contextos. Cualquier aprendizaje involucra, pues, la dimensión social, ya que aprendemos con los demás y de los demás, y aunque sea el sujeto individual quien aprende y desaprende con cada nueva adquisición, ésta no se produce sino en el contexto de relaciones, de manera que mientras más ricas sean tales relaciones más

2 DESCARTES, R. (2010) *El Discurso del Método*. Colección Austral-Espasa Calpe. Madrid. pág. 33
3 Idem

se convierten en espacios de debate de ideas, de dudas, de creencias, de trabajo colectivo en torno a proyectos comunes de acción; se crean más y mejores condiciones para que cada sujeto elabore sus propios aprendizajes como sujeto conciente de que su realización personal se inscribe en ámbitos de realización colectiva”(Documento Rector de la Universidad Bolivariana de Venezuela).

Preguntarnos si la universidad actual en Venezuela es un espacio de sentido común o donde se expresa el sentido común, es quizás una pregunta que se intenta responder desde una óptica muy particular y a lo que se podría responder tal como lo formula el *Teeteto* “las cosas son para cada uno tal y como cada uno las percibe”⁴, pero el mismo sentido común nos lleva no sólo a plantearnos la pregunta sino a intentar responderla aunque no se agoten otras posibles respuestas, por lo cual no se intenta agotar dicho tema.

Sí el sentido común indica el mejor proceder, la prudencia frente al cómo actuar, qué decir o pensar antes o durante nuestro acontecer diario, entonces lo que observamos y vivimos en la dinámica diaria quizás no sea tan difícil responder sobre sí se evidencia o no el sentido común en la vida universitaria.

Afortunadamente no todos los miembros que conforman el quehacer universitario se pueden catalogar de falta de sentido común; sin embargo cuándo nos hacemos otras preguntas relacionadas con este planteamiento como por ejemplo: ¿cuál es el verdadero sentido de dar o escuchar clases? ¿Cuál es el verdadero sentido de investigar? ¿En qué se fundamentan las buenas razones para faltar al compromiso laboral? ¿Qué sentido tienen los estudiantes, profesoras, obreros, vigilantes... en el quehacer universitario? ¿Qué sentido tienen los jardines, bibliotecas, cafetines, estacionamientos? ¿Qué sentido tiene leer, escribir, dialogar? ¿Qué sentido tiene la universidad? Entre otras grandes preguntas, se evidencian que son preguntas cuestionadoras que nos pueden llevar a responder bien sea, asumiendo la crítica u obviando la responsabilidad que pueda tocar.

Todas estas preguntas y muchas más pueden ampliar una larga lista y con variadas respuestas, pero la intención de esta reflexión no es más que plantear algunas consideraciones del sentido común y cómo se hace o no evidente en la universidad actual venezolana.

4 PLATON: *Teeteto*, 152c.

Últimamente las renunciaciones en las universidades venezolanas están a la orden del día, se renuncia por “todo”. Se renuncia para emigrar, por otras fuentes de trabajo más onerosas que permiten cubrir por lo menos necesidades básicas, es decir se renuncia a la universidad porque ya no es rentable. Sin embargo, desde la observación muy particular y desde la cual se escribe, estas renunciaciones se vienen suscitando en la universidad venezolana desde hace cierto tiempo (aunque las circunstancias actuales promuevan un mayor porcentaje real) y que podemos analizar desde dos puntos de vista, la renuncia activa y la renuncia pasiva.

La renuncia activa, cumple con la formalidad y el proceso de alguien que decide informar y por escrito coloca su decisión de no trabajar más, esto es un proceso legal pero también es lo que el *sentido común* señala que se debe hacer frente a este tipo de casos. En cambio, la renuncia pasiva que es visible en la universidad, es quizás la más peligrosa porque se trata de “estar” y al mismo tiempo “no estar”. Es la constante ausencia en el cumplimiento del deber, lo cual no sólo unos “pocos” advierten dicha situación sino que a la vez, genera la sensación y/o convicción de que no “pasa nada” porque simplemente así funciona. Esta “renuncia” trata del no querer estar, el no querer asumir el compromiso o simplemente así es “la universidad”.

La universidad como conglomeración académica y con claras convicciones ético-sociales sobre el quehacer educativo, viene haciendo vida desde hace más de mil años y por medio de los cuales ha demostrado que el mundo y sus determinaciones han sido fruto en buena parte de los resultados de sus investigaciones y aportes, logrando por medio de lo pensado, discernido y decidido marcar rumbos emancipadores y libertarios como un deber trascendental de su servicio.

Es por ello que la universidad no nació para negarse a sí misma, silenciarse o someterse. Ella brotó del pensamiento y del corazón mismo para destacar un rumbo, el cual se ha hecho en recorridos muy duros, sangrientos y penosos; vislumbrar alternativas y posibilidades de nuevos horizontes, logrando marcar ideales y resultados más esperanzadores, utópicos y críticos para coadyuvar a tener mundos justos, ciencia más exacta, filo-

sofía más pertinente, personas más críticas. De ahí entonces, que la universidad frente a los grandes desafíos y tormentas no puede dejar de ofrecer desde las ideas, la investigación y la búsqueda constante, soluciones para reconducir mejor la sociedad a la que se debe, pero ante todo procurar que lo que ofrece y hacer tiene sentido social, es pertinente y necesario.

En el prólogo del proyecto constitutivo de la Universidad Bolivariana de Venezuela (2003), se hace referencia a una nueva alternativa de contenido educativo y que quizás lo utópico que envuelve “el deber ser de la universidad” genera una gran inquietud en la Venezuela actual y suscita mayores autocríticas y cuestionamientos entre los que se asumen como universitarios y creen en la universidad.

La referencia a la dignidad de los pueblos, la responsabilidad compartida, las educadoras y educadores descubridores y afrontadores de los problemas educacionales y la construcción de nuevas formas de educación en la tarea de forjar subjetividades democráticas, incitan a algo. Ese entusiasmo de las palabras, de los sueños y del atrevimiento a decir algo necesario y combativo es “natural” de las universidades, esto si no quieren dejar de ser universidades; pero es mucho más de la universidad, la palabra y la acción, la praxis combativa, la crítica sonora y la lucha permanente. Es propio de la universidad, luchar la adversidad y afrontar día a día con entusiasmo juvenil lo que acontece intentando miles de veces cambiarlo por mejores resultados.

La universidad no es quieta y tranquila, es agitadora de pensamientos, palabras y acciones. No renuncia a la lucha, la crea y la promueve. No baja la guardia frente a lo que entorpece y mata; sino que piensa, trabaja y busca soluciones, conoce su papel y éste tiene que realizarlo bien para ir en consonancia con su principio constitutivo y por el principio de bien común al que definitivamente se debe y en cuyo espacio se refuerza.

Una universidad contraria al bien común, cierra las puertas a nuevas iniciativas, no se atreve a los grandes cambios que emergen con el tiempo y las circunstancias, permanece en silencio sepulcral frente a los retos que le desafían nuevos caminos y horizontes, se vuelve estática, no piensa.

Ahora bien, ¿cuál debería ser el papel colectivo y vivificador para recobrar el sentido común de la universidad actual en Venezuela? Es una pregunta sumamente fácil de hacer e incluso de contestar, pero no se puede confundir que al hablar de sentido común se hace referencia sólo a la propia acción humana como actividad práctica, sino que antes que nada ésta es dirigida por el buen pensar, a la toma de conciencia y a la prudencia

De la universidad como colectivo parte la búsqueda constante del bien propio y el de los demás, es la trascendencia misma del saber sobre qué hacer frente a los retos, es la mirada puesta en común incluso desde las diferencias para alcanzar el objetivo trazado. Por lo tanto, ella es el reflejo de la disposición de aquello que se detiene a discernir sobre el porvenir incierto y está atenta con paciencia para la selección correcta de lo que es bueno.

Es por ello que una universidad desde el sentido común se caracteriza por sus *valores* y *virtudes*, los cuales hace valer a partir de su propia convicción de hacerse valer y reconocer como espacios abiertos y no cerrados, de lugares repletos y no solitarios, lugares de preguntas y respuestas para alcanzar buenas razones. Es un lugar especial para el quién soy y para quienes somos, no es egoísta; se entiende y valora como colectivo.

La universidad y los retos frente al bien común

Hoy la universidad está llamada a revisarse, a preguntarse y a repensarse sobre el qué es, y a partir de que es una comunidad de humanos y humanas que aún hacen posible que sea, entonces, debe preguntarse el quién es, ya que no puede desligarse de su principal función que no es otra que el de formar a hombres y mujeres que tienen como principal tarea ayudar desde su misión y visión vivificante construir y reconstruir una nación.

“La pérdida de anclajes epistemológicos y ontológicos unívocos coloca a la universidad en condiciones de incertidumbre y la obliga a replantearse la pregunta de que significa ser una Universidad en medio de un mundo complejo, para resistir a los embates de la carga ideológica que contienen las fórmulas asociadas a vocablos tales como adaptación, supervivencia, logro, o rendimiento. Responder a esa pregunta y establecer las condiciones prácticas para la realización de la universidad como un proyecto en sus dimensiones educativas, socio-culturales y epistemológicas, no es una cuestión de aplicación de recetas sino de esfuerzos inteligentes que involucren el reconocimiento de la incertidumbre como parte de las condiciones respecto de las cuales se espera que produzcan un me-

por posicionamiento de la universidad en y ante los contextos de los que forma parte” (Documento Rector de la Universidad Bolivariana de Venezuela, 2003).

Una universidad está llamada a generar y rescatar la dignidad de los pueblos, entonces la pregunta sería, qué se entiende por dignidad humana, es una reflexión que lleva a la consideración de la otredad, es decir con el que me tengo que encontrar. La máxima de lo humano está en la dignidad de su ser, yo soy a partir de mi propia esencia, es decir, desde el primer momento en quien soy para mí y para los demás, desde mi mismidad y desde los demás. Sin embargo, esa dignidad también dada por otros y otras, por ejemplo el derecho a comer, a vivir cómoda y saludablemente no sólo depende de mí sino de otras personas, instituciones y /o políticas.

Ante cualquier otra cosa, todo ser humano es ante todo persona y, la universidad está llamada a repensar cada día a la persona y sobre todo en la persona que forma si de dignidad se trata su camino. Su misión y visión humanizante puede declararse por cumplida porque por esencia esta es una de sus principales funciones. Sin embargo, ¿cuál es el papel dignificante que alcanza la comunidad universitaria en general hoy en Venezuela?

Al hablar de la dignidad de los pueblos y de la responsabilidad compartida se hace hincapié en el trabajo que tienen las universidades en la construcción del futuro. Aquí la investigación es el lugar propio de la imaginación creativa y responsable, porque de hecho se orienta a la construcción del futuro con nuevas explicaciones de la realidad y nuevos resultados.

La universidad debe percatarse que es en la investigación donde reside su verdadero valor, si investiga descubre, si descubre tiene la verdad y si tiene la verdad debe ponerla al servicio de la humanidad, al servicio del bien común. Por lo tanto, la universidad tiene el compromiso de saber sobre la realidad en concreto; es decir, la universidad debe saber sobre el empleo, el desempleo, la salud, el bienestar social, la pobreza, la criminalización, la emigración, entre otros aspectos no menos importantes que tienen que ver con la realidad social, y más que saberlo, es importante el tipo de respuesta que proporciona ese conocimiento, qué aportes desde sus investigaciones genera para la recuperación de la dignidad de los pueblos.

Como se ha mencionado anteriormente, la universidad es un conglomerado de personas que juntas forman una comunidad con un llamado específico, docentes, alumnado, obreros, investigadores, administradores, intelectuales entre otras, que hacen posible que la universidad sea, es decir, la universidad es el resultado de un trabajo y de responsabilidad compartida. Cuando se asuma verdaderamente que la docencia-investigación-extensión no están separadas y que forman parte de un todo quizás la academia pueda decir más de lo que hasta ahora ha dicho. Esto definitivamente marcaría el verdadero rumbo de los pueblos, porque quizás sus integrantes, en especial docentes y alumnado, entenderían mejor que ellas y ellos están llamados a ser descubridores, defensores y luchadores de la verdad.

La sociedad de hoy reconoce que el sentido común está ausente de muchas de las conductas públicas y privadas que conforman nuestras acciones, y si hay algo por lo que nos debemos preocupar es precisamente sobre el hecho que es un asunto prioritario porque lleva implícito nada más y nada menos que la definición de valores y virtudes que representan la búsqueda de lo valioso para ser cada día mejores, es decir, debemos repensar la acción moral y revitalizar a través del sentido común estos valores y las herramientas necesarias para alcanzar la verdadera acción pública de la universidad.

Cuando la universidad se proyecta hacia el futuro es porque su cuerpo de docentes sabe que ni el individuo ni la sociedad son estáticas y ambos se requieren para existir, por lo tanto, el fundamento de la universidad está en la formación del alumnado, a través del análisis racional de la realidad; y de las explicaciones que sobre ella se den en función del servicio social.

Es la comunidad universitaria la máxima representante de decir lo que falla no solamente a nivel educativo, sino social, político, económico, pero también, es la responsable de dar las posibles soluciones, ya que es a partir de aquí desde donde emprendería la construcción de nuevas formas de educación con la tarea de forjar esas subjetividades democráticas.

Un proyecto alternativo a los problemas que confronta la Venezuela de hoy no puede ser viable si no se apoya en las nuevas maneras de hacer

política cultural. Para construir una nueva sociedad es necesario sustentarlas en las nuevas formas de participación democrática, donde el trabajo comunitario debe ocupar un lugar privilegiado, creando los mecanismos que puedan hacer reales y efectivos los derechos individuales y sociales.

La Universidad frente a los nuevos desafíos debe saber qué hacer sin perder y en procura de alentar la excelencia de los recursos humanos. El docente afrontador de la realidad sabe que su compromiso está en producir mayor producción intelectual, mejor desarrollo académico disciplinario e interdisciplinario, mayor y mejor orientación a la investigación, mejor formación profesional de avanzadas y pertinentes con la realidad concreta y mejor formación de la persona.

Una comunidad universitaria que no descubre y que no afronta, paraliza a la universidad, la convierte en sumisa, lo que puede generar que esta esté divorciada de su realidad concreta. En pocas palabras, el valor de la universidad está en sus capacidades comunitarias, cuyo encuentro más allá del enfrentamiento de las ideas, es la posibilidad de un alcance significativo que se ejercita, por su método, en el pensamiento crítico y cuestionador, y la búsqueda constante de nuevos horizontes que ayuden su misión en el develamiento y retorno incesante de la verdad.

Cómo podría situarse una universidad seriamente ante la sociedad, si no sabe dar verdaderas respuestas. La respuesta que debe dar la universidad a la sociedad no debe ser otra que el cumplimiento fiel de sus fines para el que fue creada, eso es practicar el sentido común.

Ahora bien, independientemente de la situación actual en Venezuela, sus universidades no tienen otra alternativa que apostar siempre por una práctica desde el sentido común, es desde la propia convicción de que la universidad apuesta por el esfuerzo y el trabajo. Es la universidad como espacio cotidiano quien debe rescatar la sabiduría del bien vivir, la cual manifiesta con generosidad y como obligación social. Ella posee por naturaleza el sentido común porque en ella predomina la razón, porque tiene convicción de su propia existencia para ser cada vez mejor dando lo mejor.

En conclusión

Se considera al espacio universitario como un lugar donde deben confluír todas las oportunidades de crecimiento y desarrollo humano, pero como tal, la universidad está hecha por personas para personas. En este sentido, está llamada a aferrarse a las buenas prácticas de convivencia que conlleven a la consolidación de la trascendencia de la cual forma parte y de la cual nunca debe prescindir.

La práctica del sentido común es un encuentro necesario y urgente que la vida universitaria en Venezuela no debe perder, sino rescatar y promover desde su quehacer propio. Trabajar desde esta perspectiva indica que la razón y la coherencia forman parte del camino definitivo donde el comprometerse responsablemente es no sólo la oportunidad sino el camino por el que apostar.